

CARTA CRÍTICA

SOBRE EL PAPEL INTITULADO

EL DUENDE

DE NUESTROS EXÉRCITOS.



CÁDIZ:

EN LA OFICINA DE D. NICOLAS GOMEZ DE REQUENA,

IMPRESOR DEL GOBIERNO POR S. M.

Año de 1810.

CARTA CRÍTICA
SOBRE EL PAPEL INTITULADO

EL DUEÑDE
DE NUESTROS EJERCITOS.



CADIZ:
EN LA OFICINA DE D. NICOLAS GOMEZ DE REGUENA,

IMPRESOR DEL GOBIERNO POR S. M.

Año de 1810.

Una vez, amigo mio, que insiste usted en querer saber mi juicio sobre el papel intitulado *El Duende de nuestros exércitos*, voy á manifestarselo con la desconfianza propia de no ser la milicia mi actual profesion. Verdad es, que por espacio de mas de diez y siete años seguí la carrera de las armas; que estudié en este tiempo las ciencias exâctas, y los autores mas clásicos del arte de la guerra; que despues he observado sin interrupcion el curso singular é inesperado de la revolucion de Francia; y que he tenido proporcion de conocer el decantado valor y disciplina de las huestes de Napoleon: todo esto es verdad, como á usted le consta y con ello me reconviene; mas sin embargo dudo mucho que mis reflexiones por mas justas y sólidas que me parezcan, lo sean realmente, y por el órgano débil que las publica es de recelar que no produzcan el bien de la Patria, que es el blanco á que deben dirigirse las tareas del buen ciudadano, y con cuyo objeto he trabajado lo mucho que usted sabe por el largo tiempo de quarenta años.

Esto no obstante, cediendo á las reiteradas insinuaciones de usted, trataré de rectificar, si puedo, varias de las especies que contiene el papel citado, porque el error y aun la poca exâctitud de las ideas en la materia de que tra-

ta pueden ocasionar perjuicios de la mayor trascendencia, y no tendré reparo en repetir algunas de las máximas é importantes verdades que establece, y que por nuestra desgracia están olvidadas de gran parte de nuestros militares, por que me parece muy oportuno el proverbio: *gutta cavat lapidem*, &c. que usted tiene á bien de recordarme.

Se atribuyen en el papel que exámino la dispersion de nuestros soldados, y la dificultad de salir vencedores en una batalla á tres causas diversas que son: la ignorancia de la oficialidad, la mala organizacion de nuestros ejércitos y su falta de disciplina. Yo no puedo pensar del mismo modo, porque aquellos malos efectos que desgraciadamente hemos experimentado, son consecuencia evidente y necesaria de sola una de las causas referidas, esto es, de la falta de disciplina, como me parece poder demostrar.

El que conoce lo que es un ejército bien disciplinado, sabe que puede obrar activamente y pelear con firmeza, aunque sus oficiales en general no tengan conocimientos científico-militares; y el que dude de la verdad de esta proposicion, y por haberse dedicado á otro oficio no tenga la instruccion indispensable para juzgar en la materia, quedará convencido de su certeza con reflexionar solo que la oficialidad de las tropas de Napoleon es sin comparacion ménos ilustrada é instruida que la de los ejércitos franceses del tiempo de Luis XV, y estos los vimos batidos y dispersos, no pocas veces con vergonzosa ignominia, en los mismos campos de Alemania en que se han cubierto de gloria sus sucesores mandados por aquel tirano.

Y no hay que creer que esta oficialidad, aunque ignorante, como todos saben, en las artes y ciencias, se halle teóricamente instruida en la táctica; esto es, que haya aprendido metódicamente los principios generales de este oficio destructor. Semejante creencia estaria desnuda de todo fundamento, porque son muy raros oficiales de los que en el día sirven á Napoleon, los que hayan estudiado en colegios y academias los elementos de las ciencias que necesita su profesion, para ser conocida á fondo. De esta verdad se hallan convencidos por experiencia todos aquellos que se han visto obligados á tratarlos, ó á sufrir su yugo por algun tiempo en las varias provincias de España que han ocupado y ocupan; y se persuadirá de ella el hombre ménos observador, considerando solo el estado miserable á que decayó por la revolucion la educacion de la juventud de Francia, y en que permanece.

Daré otra demostracion palpable y reciente de la proposicion ó principio que he establecido. Los exércitos prusianos estaban mandados por Generales los mas sabios de la Europa, la mayor parte de su oficialidad se habia educado en las escuelas militares del gran Federico, y sin embargo, aquellos exércitos puede decirse que han sido los que resistieron ménos á las tropas de Napoleon: por el contrario los exércitos rusos se componen en mucha parte de oficiales poco instruidos é ilustrados, y á pesar de ello han resistido, como hemos visto, á los mayores esfuerzos de aquel hombre astuto y perverso, que solo cede á la fuerza, y que por este motivo se creyó obligado á hacer amistad y alianza con Alexandro, neutralizando así su poder, que con-

sideró capaz de impedirle la realizacion de sus iniquos designios, sin embargo de la gran distancia que media entre los dos imperios.

Si pues la mayor ilustracion de la oficialidad no es un medio ó causa principal del valor y firmeza de las tropas, ó lo que es lo mismo, de que salgan vencedoras en una batalla, tampoco podrá ser motivo ó razon suficiente para dispersarse estas el que sus oficiales no tengan la instruccion teórica, cuya falta se considera en el escrito que exámino, como la primera de las tres causas de aquel desórden. No por esto se juzgue que tengo por indiferente esta instruccion, que ha empezado á promover Napoleon en Francia por conocer sus utilidades y ventajas: el juzgar así seria interpretar mal mi proposicion, cuyo objeto principal es hacer ver, que no puede estimarse la ignorancia de muchos de nuestros oficiales por la primera de las tres causas principales de aquellas dispersiones; lo que se demuestra, no solo por las reflexiones que dexo expuestas, sino tambien porque todavía tenemos bastantes oficiales instruidos que puedan dirigir las operaciones de nuestros exércitos, y ponerlos en estado de batir y derrotar á los franceses, como lo hicieron en Menjibar y Baylen.

Tampoco reconozco por causa principal de tamaño desórden la mala organizacion de nuestros exércitos, entendida baxo el concepto que se presenta en el papel del *Duende*. En este se dice: *que una de las principales partes de que aquellos deben componerse son los estados-mayores establecidos segun el sistema adoptado por las naciones mas cultas de la Europa*. No veo en este modo de expresarse toda la exáctitud y verdad

que conviene á mi parecer en las cosas que se trata de exâminar con imparcialidad, y sobre todo con el objeto de remediar los graves males de que adolecen. La verdadera organizacion de un ejército és, como habia dicho antes el autor de este Papel, *la perfecta disposicion de todas sus partes que á manera de otras tantas ruedas concurren á poner en movimiento aquella gran máquina.* Esta definicion figurada persuade la necesidad de que estas partes tengan entre sí el enlace y proporcion que son indispensables, para que su movimiento sea el mas facil y conveniente; y por lo mismo es bien claro, que si el todo de los ejércitos de una nacion está constituido baxo el sistema de no haber un Estado-mayor-general de ellos, semejante al adoptado por Napoleon, y ántes por el contrario, las funciones de este Estado-mayor-general se hallan subdivididas y son peculiares de otras autoridades diversas, como sucede en la organizacion de nuestro ejército establecida por las ordenanzas generales, lejos de producir ventajas la creacion del referido Estado-general, podria ser causa de mucha confusion y desórden.

Conviene en mi concepto desenvolver mas este punto por su importancia y trascendencia. La constitucion de la milicia, como todas sus semejantes, abraza tres partes principales, á saber: la gubernativa, la judicial, y la instructiva y económica. En España están confiadas principalmente estas tres partes á tres diversas autoridades, que son: el Ministerio de la guerra, el Consejo, y los Directores é Inspectores generales; y baxo este concepto están declaradas y determinadas en las ordenanzas las fun-

ciones ú obligaciones respectivas de todos los individuos del ejército. Si en este estado de cosas se crease otra autoridad principal, qual seria un Estado-mayor general semejante al frances, resultaria necesariamente un todo monstruoso, si al mismo tiempo no se formaban otras ordenanzas, en que se determinasen aquellas funciones y obligaciones de un modo nuevo, claro y bien combinado; lo qual no es una empresa tan fácil y sencilla como se figuran aquellos, que no conocen el mucho trabajo y estudio que se necesita para la formacion de una ordenanza. Quien sabe lo que sucedió en la farsa de la última guerra de Portugal mandada por Godoy, y la confusion y desórden que el Estado-mayor-general que creó produjo en las ridiculas operaciones de su ejército, tiene una demostracion práctica de los malos efectos que ocasionará siempre en qualquier ramo la providencia ménos importante, como sea contraria á su constitucion, ó poco conforme á ella.

Es necesario persuadirse de esta verdad. El órden y la subordinacion que son el alma, ó bien la verdadera fuerza de un ejército, no puede conseguirse sin que todos sus individuos sepan sus respectivas obligaciones; esto es, lo que cada uno debe practicar en qualquier situacion ó lugar en que se halle: y esta ciencia ó saber no puede adquirirse sino observando rigurosamente las ordenanzas establecidas, en donde están prescriptas las obligaciones de todos desde el General en Xefe hasta el último soldado; siendo bien claro que si se dexase al juicio de cada uno la extension ó determinacion de sus facultades y obligaciones, ademas de la arbitrariedad

que resultaria en materia tan grave, todo seria confusion y desórden. He visto con dolor no pocas veces que algunos gefes tienen por poco decoroso á su autoridad el sugetarse á la Ordenanza. De este error ha procedido el abuso que han hecho de aquella, introduciendo novedades en la parte activa de la disciplina de los cuerpos que mandaban, fundados en las ventajas que á su parecer lograria con ello el Servicio. Como cada uno de aquellos gefes pensaban de diversa manera, las novedades que promovian no guardaban entre sí unidad, ni aun la menor armonia; siendo por consiguiente preciso que quando sus cuerpos se reuniesen para componer un ejército, su diferente sistema de disciplina activa fuese un impedimento no despreciable para sus operaciones militares.

Aun he visto otro desórden mayor en mi concepto procedente del mismo error, y consiste en las variaciones que casi todos los Generales en gefe de nuestros ejércitos, que como sabemos no han sido en pequeño número, han establecido en las respectivas divisiones, y aun cuerpos de su mando, desde el momento en que empezaba su ejercicio. Estas variaciones continuas producen necesariamente confusion, y lo que es peor desconfianza, ó sea disminucion de fuerza moral en los oficiales y soldados. Quando unos y otros observan que la disciplina activa no se varía y guarda un sistema constante, sea el que fuere el General que los mande, se persuaden insensiblemente de su bondad y ventajas, la aprenden con mas facilidad y gusto, y van confiados en ella con valor á la pelea; pero si por el contrario ven y reconocen que cada Ge-

neral la altera de qualquier modo que sea , y que hoy tienen que olvidar lo que acabaron de aprender ayer , no pueden formar concepto grande de la enseñanza que se les procura dar , y no tienen gusto ni aun lugar para aprenderla bien.

Al pasar hace trece meses por uno de nuestros exércitos , observé que el nuevo General que se hallaba á su frente estaba ocupado en organizar los cuerpos de que se componia baxo un sistema diverso del que tenían. Como era antiguo amigo mio , y le constaba que no me era desconocida la profesion , no tuve reparo en hablarle acerca de los perjuicios que resultaban siempre de semejantes novedades , y de no seguirse rigurosamente un sistema constante con real aprobacion. No era fácil que dexase de seguir en su pensamiento ya muy adelantado , y el estado de desórden y confusion de aquellos cuerpos exígia imperiosamente algun arreglo ; pero la experiencia de lo que despues sucedió me radicó mas y mas en mis principios , reducidos en suma , á la necesidad de que se observen las leyes ó reglas establecidas en la ordenanza mientras no se aprueben por el órden debido otras reformas.

No debe , pues , creerse que estimo ó tengo la ordenanza por imposible de mejorarse. Las artes todas se perfeccionan ó adelantan con la experiencia y los años , segun observó mucho tiempo ha el célebre Bacon ; y la desastrosa y sangrienta guerra en que se exercitan 19 años hace los feroces salvages de las Galias puede haber sido causa de grandes adelantamientos en la táctica : pero el órden exíge que despues de bien calificados estos adelantamientos , se adopten

y establezcan en nuestra constitucion militar , conciliándolos con ella si es posible , suprimiendo si es necesario algunas de sus autoridades , ó determinando de otro modo sus respectivas funciones. Este es en mi concepto el único medio de conseguir su establecimiento con regularidad y seguridad de buen éxito.

Contrayendo las observaciones anteriores al pensamiento de introducir en España un Estado-mayor-general , se convencerá el ménos instruido de que para proceder con acierto es preciso exâminar la materia muy despacio , oyendo á nuestros Generales mas instruidos , á los Directores é Inspectores-generales de las respectivas armas y al Consejo de la Guerra para poder establecerle de modo que esta nueva rueda de la máquina concorra al movimiento general, y aun lo facilite; esto es , que sea una parte orgánica é integrante del todo. No me considero con las luces necesarias para dar dictâmen sobre la utilidad de este establecimiento ; pero dificulto mucho que en nuestra actual constitucion de Gobierno , ni aun en la que debemos esperar tener , pueda adoptarse en nuestra milicia el Estado-mayor-general que gobierna los exércitos de la bárbara y no *culta* nacion francesa. En esta el Emperador ó el tirano es el general de todos los exércitos , el xefe del Estado-mayor su inmediato verdugo ó executor de sus determinaciones , y los Xefes subalternos de los negociados en que están subdivididas las funciones del Estado-mayor-general dependen solo de este , recibiendo los Mariscales mismos sus órdenes , y obedeciéndolas. Es bien claro que esto puede hacerse muy bien y con ventajas no pe-

queñas por razon de que las providencias tendrán y tienen efectivamente mas unidad y actividad, y que el silencio de las operaciones militares, que por nuestra debilidad revelamos tan fácilmente, será mejor guardado, en qualquier Potencia donde el Soberano sea el Generalísimo de los exércitos; pero donde esto no suceda ó no pueda suceder, siendo absolutamente preciso que las determinaciones supremas se comuniquen por un Secretario de Estado, esta secretaría ha de ser el conducto de ellas, y exercer sin recurso la primera autoridad de la milicia. Por lo mismo, el Estado-mayor-general frances no puede convenirnos, y si su establecimiento es útil, debe examinarse mucho para determinar sus funciones, é impedir la complicacion de autoridades, y la confusión y desórden consiguientes á ella.

Amigo, la experiencia y la meditacion mas profunda me obligan á ser muy circunspecto en reconocer las ventajas de las novedades, las quales siendo aisladas y sin sistema, producen por lo comun un sin número de males sobre que no reflexionan la mayor parte de los hombres. Estas novedades que se multiplicaron al infinito en los tiempos desgraciados de María Luisa y de su infame amigo, fueron las que progresivamente disminuyeron el gran concepto que todos los militares tenian de nuestras ordenanzas; las que produxeron el mal de que fuese cada vez ménos exácta su observancia; y las que por consiguiente acabaron con la disciplina, especialmente la interior de los regimientos y demas cuerpos del exército, que es el principio ú origen de la subordinacion militar, y sin la qual los exércitos de Xerges en una accion se dispersarian como el humo.

De estas novedades, pues, ó sea de la indisciplina que ocasionaron, han resultado las dispersiones que desgraciadamente nos han impedido el arrojar á nuestros enemigos del territorio español, que manchan é infestan con sus opiniones, maldades y vicios, conduciéndonos á la crítica situacion en que nos hallamos. El autor del *Duende* me parece que tambien considera esta causa por la principal de las tres á que atribuye aquel mal, pues observo, que aunque la pone en tercer lugar, se detiene en ella mas que en las otras, y pinta sus funestas consecuencias con el calor y eloqüencia propios de la conviccion y aun del entusiasmo. Compárese la fuerza y energía de su estilo en esta parte de su discurso con las dos anteriores, y se reconocerá desde luego el justo fundamento de esta observacion.

Sin embargo le quedó mucho por decir, y la importancia del asunto me obliga á mí tambien á tratarlo con mas extension. La disciplina propiamente tal se puede dividir en económica, instructiva, y activa. La primera cuya falta á mí parecer es la raíz ú origen de las dispersiones, y de la que absolutamente carecemos en el dia, acaso por negligencia y descuido de la oficialidad, consiste en el cuidado, esmero y aun aseo que á cada uno corresponde tener de sus prendas, equipage y persona; en la distribucion y empleo de sus haberes de todas clases; y en su conducta particular, militar y aun civil. La instructiva que tenemos muy olvidada, y por ello hemos experimentado no pocos males, se reduce al conocimiento exácto que debe tener cada uno de los individuos de un ejército de sus respec-

tivas obligaciones en qualquier sitio , lugar ú ocupacion que se le encargue; y la tercera ó la activa que es la única que en el dia conocen mas ó ménos nuestras tropas de infantería , habiendo visto algunos cuerpos que la poseen tan bien y acaso mejor que los franceses , consiste en el manejo del arma , en las evoluciones militares , y en la constancia y aun facilidad en las marchas y demas fatigas de la guerra. Tienen entre sí estas tres especies de disciplina la mas ventajosa correspondencia y armonía , y sin el conjunto de ellas no es posible que las tropas tengan aquella fuerza moral que es la segura precursora de la victoria.

Pero conviene observar que la mas esencial disciplina de un ejército nuevo , ó compuesto en su mayor parte de soldados visos , es la económica , la qual no puede conseguirse sin la observancia mas ciega y rigurosa de las ordenanzas. Sin esta disciplina nunca estarán nuestros soldados aseados ni aun vestidos por mas que se esfuerce el Gobierno para lograrlo; su desaseo y desnudez aumentarán sus vicios y enfermedades , borrarán de su imaginacion hasta la mas remota idea del valor y de la vergüenza , y disminuirán progresivamente su fuerza moral acreciendo en razon inversa la de nuestros enemigos , quienes por el concepto despreciable que forman de ellos al verlos tan desastrados , entran en las acciones con la confianza del vencimiento.

Sé muy bien que los oficiales desaplicados , ó bien hallados con la inaccion y el ocio , que viven entregados á la disipacion del juego y á otros vicios , y que sienten sobre manera ocu-

par el mas pequeño momento en otro objeto, llaman menudencias despreciables ó inútiles rutinas las reglas prescritas en la ordenanza para que reyne y sea comun en las tropas esta especie de disciplina. Si reflexionasen por un instante en que aquellas reglas son el fruto de la experiencia de siglos, y son tan precisas como las de qualquier otro arte para hacer con perfeccion las cosas de la milicia á que se han dedicado, se convencerian de la necesidad de ponerlas en obra para que las operaciones de su profesion puedan executarse bien; así como un arquitecto, ó qualquier otro artista, no conseguirá una obra perfecta en su arte, sino cuida de que cada uno de los oficiales y peones que le ayudan para executarla observen las reglas de él, las cuales con igual falso fundamento pudieran llamarse despreciables menudencias ó rutinas inútiles.

Por los años de 1770, en que empecé yo á servir, se hallaba tan bien establecida esta disciplina económica en las tropas españolas, que no se permitia salir del cuartel á ningun soldado sin haberle pasado ántes revista de aseo y limpieza; y si qualquier oficial encontraba en la calle ó en otra parte á un soldado desaseado ó que le faltase ó llevase mal cosido un solo boton, le enviaba arrestado al cuartel sin excusa alguna. Compárese esta perfeccion de disciplina con el abandono absoluto que respecto á ella reyna en el dia, y que observan con dolor los hombres inteligentes y patriotas, y se reconocerá con evidencia la causa principal de nuestras desgracias.

Tengo muy presente que deben distinguirse

los tiempos de paz y de guerra ; pero esta distincion solo puede producir necesariamente el efecto de que el soldado reciba del Gobierno en campaña mas auxilios de vestuario y de otros efectos que en guarnicion ; y por ningun título debe ser motivo para que los respectivos oficiales no vigilen sobre su aseo y limpieza , sobre la inversion de la parte correspondiente de su prest en la compra de las prendas menores que le falten , sobre el buen orden de sus ranchos , sobre la limpieza y barrido de sus camas y cuarteles , sobre la exâctitud y puntualidad de las listas diarias á que deben concurrir todos , sobre las revistas repetidas y aun diarias , si el desorden lo exige , de ropas y prendas que deben disponer se pasen á todos los soldados , presenciándolas siempre , y sobre todos los demas particulares que consideren precisos y necesarios para que el soldado no se abandone y entregue á la pereza , al juego y demas vicios. Siguiendo constantemente este sistema , ademas de conseguirse el aseo y limpieza de los soldados , hay ocasiones repetidas de que los oficiales los conozcan á todos , y distingan con expresiones lisonjeras y cariñosas á los que sobresalen en el cumplimiento de sus obligaciones , con lo qual se va introduciendo la emulacion y el amor al servicio , se llenan muchos soldados de vanidad , es muy raro el que se abandona enteramente , y con el castigo exemplar de éste se completa ó perfecciona la disciplina económica.

Parecerá por desgracia á muchos un trabajo muy pesado y molesto el que propongo para la oficialidad : pero no es ciertamente otro ni mayor que aquel á que están obligados por

la ordenanza; y sea qual fuere la carrera u oficio que un hombre tome, si quiere ser tenido por honrado y que se le aprecie, debe llenar cumplidamente todas sus obligaciones. Esto ha sucedido y sucederá siempre; porque la virtud y el zelo verdadero arrastran la veneracion hasta de los mas perversos. Posible es que muchas veces no hayan sido premiados los sugetos de estas calidades; pero esto no debe parecer extraño en la confusion y desórden que necesariamente ha reynado en las primeras autoridades, debiendo esperarse que en lo sucesivo el premio solo se conceda á la virtud, á la aplicacion, al valor y al zelo, y no á la intriga, ni á las conexiones.

Amigo mio, todos sabemos que *Regis ad exemplum totus componitur orbis*: ¿qué aplicacion, qué zelo, qué virtudes podian esperarse de la conducta ominosa observada constantemente en el último desgraciado reynado? A esta conducta fué consiguiente el olvido y abandono de los principios en todas las profesiones; y aunque tuvo en él alguna preferencia la milicia, fué esta preferencia aplicada tan desigual y torpemente que se introduxo en ella el mismo desórden; así que no debe extrañarse tanto la indisciplina y poca subordinacion de nuestros exércitos, defectos que nos han ocasionado los males que estamos todos llorando.

¿Hubiera creído nadie que nuestros oficiales podrian jamas abandonarse hasta el extremo de ir algunos cubiertos con los capotones que el Gobierno da á los soldados? ¿No es bien claro que al verlos vestidos de esta manera se da mucho pábulo á la maledicencia con perjuicio

evidente del pundonor que debe serles característico? ¿El soldado que observa esto, no tiene un pretexto para hecer mal uso de sus prendas, y para no respetar como es debido á su oficial, á quien se considerará igual solo por el hecho de verle con el mismo traje? Vivo persuadido de que la necesidad ú otro motivo semejante será el que les haya obligado á usar de aquellas prendas, y no puede haber hombre sensato que no piense del mismo modo; pero ¿quién ignora hasta donde llegan la malicia y la murmuracion de tantos hombres reunidos como son los soldados?

Esta murmuracion y malicia produce muchos males en los exércitos, y destruye toda su fuerza moral; y el medio mas seguro y aun único de contenerlas es la mas rigurosa disciplina económica del soldado. Quando éste observa que el oficial cuida mucho de que no se extravien las prendas que entrega el Gobierno para el abrigo y conservacion de aquel, y que castiga irremisiblemente los desórdenes de esta especie, forma concepto de su rectitud y probidad, y está mucho mas distante de creer que retenga para sí parte alguna de lo que le pertenezca ó pueda pertenecerle. Además, como para cuidar de aquella disciplina necesita ocuparse no poco tiempo en presencia de los soldados, no tienen estos tanto lugar y tiempo para semejantes murmuraciones, y aquel tiene proporcion de conocer á los que son zelosos y honrados, de quienes puede valerse con prudencia para saber los desórdenes que ocurran de esta y otras clases, y corregirlos oportunamente. Así es como podrá introducirse el orden, la subordinacion, el aseo y

el mayor que aquel á que están obligados por

la limpieza tan abandonados entre nosotros, que no hace muchos dias que atravesando yo con un General bien conocido el puente de Zuazo, ví echados por el suelo y al sol un gran número de soldados que se mantuvieron tendidos y sin movimiento alguno, á pesar de la conducta diversa que observaban las tropas inglesas que en aquel mismo punto hacian con ellos el servicio.

Pero aun quando la disciplina económica no influyese tan principalmente, como á mi parecer dexo demostrado, en la fuerza moral y física de los exércitos, hay otras razones muy poderosas que deben obligar á todos los Gefes á cuidar muy particularmente de ella. Vendida primero por el avaro y voluptuoso Godoy, y despues por los ingratos y traydores ministros de nuestro adorado y legítimo Rey D. FERNANDO VII, que componian la Suprema Junta de Gobierno, se halla la Nacion empeñada sin los medios y recursos ordinarios en la mas justa y dispendiosa guerra que vieron los siglos, y de cuyo buen éxito depende la conservacion de nuestra religion, de nuestras costumbres, de nuestras propiedades y de nuestra independenciam. Es pues absolutamente necesario discurrir y valerse de arbitrios extraordinarios para atender á la manutencion y aumento de nuestros exércitos, y estos arbitrios que en su totalidad no pueden extenderse en el dia sino á muy pocas Provincias, no pueden producir como otras veces los muchos millones necesarios al objeto. Por consiguiente las malversaciones, los gastos no precisos, y las pérdidas de todos los efectos de provision de boca y guerra que ocasiona la falta

de prevision ó la omision de los Gefes , pueden reducirnos al extremo vergonzoso y desesperado de no poder continuar la guerra con actividad y fruto. Si esta guerra fuera efecto de la errada política de nuestro Gabinete ; si versara solo sobre el engrandecimiento de una persona de nuestra Real familia , ó sobre la exclusiva ó preferencia de un ramo de pesca ó comercio ; y si nuestras tropas se compusiesen de extranjeros asalariados para nuestra defensa , no seria tan extraña , y podria perdonarse la conducta de aquellos oficiales que no se paran mucho en que el soldado cuide como previene la ordenanza de todas sus prendas , y que miran con indiferencia la malversacion de los víveres y la pérdida de los almacenes formados á costa de muchos dispendios y combinaciones ; pero tratándose de una guerra nacional , á que hemos sido tan iniquamente provocados , y componiéndose nuestros exércitos de Españoles que defienden á su Rey cautivo por la mayor perfidia , y á su Religion ultrajada con tantos sacrilegios , es ciertamente aquella conducta la mas opuesta al pundonor militar , y la mas contraria al patriotismo verdadero. En el terrible terremoto de Lisboa del año 1755 quando todos sus habitantes abandonaron sus casas y salieron por las calles pidiendo misericordia al Dios de las venganzas , hubo algunos tan malvados y perversos que se introduxeron en ellas , y las robaron y saquearon. Semejantes y aun peores que estos hombres son todos aquellos que malversan y malgastan en las circunstancias actuales los caudales del Gobierno.

Si la disciplina económica es el principio para que el soldado empiece á apreciarse á si mismo,

y adquiriera la vanidad y aun el pundonor de su profesion; la instructiva le dá á conocer su importancia y utilidad, y extendiendo sus ideas aumenta el valor del animoso, y disminuye los malos efectos del miedo del cobarde, haciendo que se mantenga firme en las acciones por temor del castigo. Para conseguir esta disciplina instructiva es necesario que diariamente se lean á los soldados las obligaciones de su oficio, y la pena ó castigo que tendrá que sufrir si se descuida ú olvida de su cumplimiento. Esta lectura deben presenciaria los oficiales de las compañías, y será muy propio de su zelo y patriotismo el que expliquen con oportunidad los fundamentos y la necesidad de aquellas obligaciones; por exemplo por el descuido de un centinela ó de una abanzada puede ser sorprendido un ejército, y el conocimiento de esta verdad hará conocer al mas rudo la utilidad y ventajas de la vigilancia en semejante ocupacion ó faccion, y la justicia y necesidad de la pena ó castigo prescrita por esta falta en la ordenanza.

Los oficiales todos pueden y deben hallarse en estado de descender á explicaciones de esta especie, porque la disciplina instructiva comprende tambien á su clase con mayor extension. En las ordenanzas generales se hallan prescritas las obligaciones de todos los individuos del ejército, y el que manda es absolutamente preciso que sepa bien exáctamente las que le pertenecen y las de todos sus inferiores, para que pueda arreglar su conducta á aquellas, y corregir las faltas de éstos. Está pues en el órden de la buena disciplina que los Coroneles de los Regimientos ó Gefes de los cuerpos, ademas de vigilar

constantemente en la que deben enseñar sus subalternos á los soldados, cuiden mucho de que aquellos sepan sus peculiares obligaciones, lo qual se conseguia completamente en otros tiempos en las conferencias que solian tener, segun la necesidad lo exigia, en sus casas ó alojamientos con sus oficiales. De esta manera se suple la falta de instruccion de muchos de éstos, se adquiere por todos la fuerza moral que inspira siempre el convencimiento propio de las ventajas de la disciplina y de la firmeza en los combates, y se aseguran la subordinacion y el orden.

Para que un ejército nuevo y desorganizado pueda adquirir completamente este orden y subordinacion, sino se quiere recurrir al terror que es un medio imperfecto, origen de muchas injusticias y crímenes, y que facilmente conduce á la esclavitud á la Nacion que le adopta, es absolutamente necesaria la mas severa y rigurosa ordenanza. Quando la ley, y no la voluntad particular, es sola la que manda, todos obedecen con gusto, y todos se prestan sin repugnancia al cumplimiento de su deber, excusándose acaso algun malvado, cuyo castigo inmediato y legal asegura mas y mas el respeto á la Ley: pero quando el General en jefe se cree autorizado para separarse de ella, ó para no arreglar su conducta á las obligaciones que le impone, se consideran sus inmediatos con derecho igual; del mismo modo piensan los subalternos; y los ejércitos se parecen mucho á aquel horroroso lugar *ubi nullus ordo &c.* Con efecto, no puede haber una imágen mas verdadera del infierno que un ejército desorganizado hasta este

extremo. Los chismes, las murmuraciones, el descrédito de los Gefes, la consiguiente desconfianza de los soldados, y la pérdida total de la fuerza moral de unos y otros es la consecuencia indefectible y precisa de aquella desorganizacion.

Pero si por los medios ya indicados se halla bien establecida la subordinacion en un ejército, y se consigue además que sus regimientos ó cuerpos adquieran la disciplina activa, entónces su fuerza moral y fisica se elevan al mas alto grado posible, y no hay que temer que se disperse, bien sea atacado por el frente, por la espalda, ó por sus flancos. Para todos estos casos hay establecidas en las ordenanzas, y son bien conocidas de todos los Generales instruidos las evoluciones correspondientes; y si los oficiales subalternos y aun los soldados las conociesen á fondo, no abandonarían su puesto, ni huirían cobarde ó maquinalmente como medrosos gamos luego que advierten, ó que se les figura que tienen enemigos á su espalda, porque conocerían muy bien hallarse mucho mas expuestos á perecer en su dispersion, que conservándose reunidos en sus banderas, que es el seguro medio de que puedan tomar el camino que mas convenga á su honor y seguridad. Se me viene á la memoria en este momento una redondilla que lei en un Prontuario ó Cartilla del arte de la guerra, que voy á transcribir, y porque no dexa de ser su doctrina oportuna en las circunstancias, y envuelve una verdadera máxima militar.

*Por detras nunca te espante
que te envista gente suelta,
en dando tu media vuelta
ya la tienes por delante.*

El valor debe ser igual en todos los acontecimientos, y siempre debemos tener presente que esta virtud, además de ser la que abre la puerta de la dicha hasta en las acciones mas apuradas, fué tan característica de nuestras tropas que llegó á ser probervio entre ellas, el que mejor parecia el soldado muerto en la pelea que vivo en la huida. Qué dirian nuestros mayores, si viesén á sus descendientes dispersarse con tanta ignominia en una guerra como la presente en que como ya se ha dicho, se trata de defender nuestras propiedades, el honor de nuestras familias, la libertad de nuestro adorado Rey, y el decoro y respeto de nuestra religion Sacro-santa. Mudemos de conducta, si queremos ser tenidos por hijos ó descendientes de aquellos valerosos españoles, y sino queremos ser esclavos del tirano, y servir despues de vil instrumento de sus conquistas en las heladas y tristísimas regiones del Norte.

Para que esta mudanza sea qual conviene, es indispensable que se destruya enteramente la opinion que se ha estendido entre algunos oficiales, de que no podemos salir triunfantes en la lid que sostenemos; opinion promovida por los traidores ministros de Fernando VII que nos vendieron, creyendo justificar de esta manera su ingratitude y deslealtad, y rebatida á mi parecer con las razones mas sólidas y concluyentes por el zeloso autor del papel que he exâminado. El mismo Bonaparte dixo que nunca podia ser subyugada una nacion que realmente desease su libertad; y la experiencia de todos los siglos ha acreditado la certeza de esta proposicion. Nosotros mismos por nuestros propios sentidos pode-

mos haber adquirido ya una clara y evidente demostracion de lo mismo; puesto que han transcurrido ya cerca de dos años de guerra, y los franceses despues de haber perdido mas de 160 mil hombres se hallan tan distantes de subyugarnos como al principio de la lucha.

Pues si hemos podido resistirlos hasta ahora sin tener organizados nuestros exércitos, y sin un gobierno reconcentrado y legal, ¿qué ventajas no debemos esperar conseguir en el dia que disfrutamos de este gobierno, luego que las tropas adquieran una buena disciplina? Quando definí la activa, dije que era conocida mas ó ménos de nuestra infantería; y que algunos cuerpos la poseian tan bien ó mejor que los franceses. He observado unos y otros, y creo que no me ha engañado la pasion nacional. Generalmente esta arma en los exércitos franceses, exceptuando su guardia-imperial es inferior á la nuestra en la disciplina activa, y nunca hubieran salido vencedores en las batallas en que nuestra infanteria ha llegado á empeñarse, sino hubiera sido por su superioridad de las otras armas en número ó en disciplina.

Tampoco son sus Mariscales y Generales sábios é instruidos en el arte militar. Ni su educacion, ni sus estudios, ni su talento han podido proporcionarles esta instruccion. Empero son activos, valientes y presuntuosos; y dirigidos por los oficiales de su Estado-mayor que son los únicos que entienden mas ó ménos el arte, arrostran los peligros con serenidad, atacan con firmeza, y no vuelven la espalda quando son rechazados; en una palabra, son buenos soldados, pero no Generales sabios, y asi los he-

mos visto cometer no pocas faltas militares en la guerra de España. Sus soldados aunque aguerridos y acostumbrados á las mayores fatigas, los hemos visto pedir limosna como pordioseros, no han acreditado entre nosotros la firmeza en las acciones que ocasiona la buena disciplina, y han huido vergonzosamente en varias ocasiones: siendo muy probable que se hubieran dispersado en qualquier otro país, donde no fuesen tan aborrecidos. Este es el bosquejo verdadero aunque imperfecto de los exércitos franceses que tanto nos ponderan algunos.

Pero dexando este particular que solo he tocado por incidencia, y que no puede sugetarse á otro criterio que al de combatir los exércitos franceses con otros igualmente numerosos, bien disciplinados y mandados; y volviendo al objeto principal que me he propuesto, observaré, que aunque es cierto que muchos de nuestros regimientos de infantería poseen con mas ó ménos perfeccion la disciplina activa, como carecen de las otras dos especies de disciplina, no es posible sacar de su destreza y movilidad las ventajas correspondientes. Un solo soldado cobarde puede ocasionar la dispersion de su regimiento sin que sea fácil averiguar el autor, porque como son poco conocidos de sus oficiales es difícil aquella averiguacion. Al atravesar en el mes de Febrero del año último acompañado de otro Ministro de S. M. bien zeloso y amante de la Patria por la Mancha-alta, encontramos no pocas partidas de soldados dispersos y enfermos que caminaban á su Quartel-general. A todos les preguntamos el regimiento ó cuerpo en que servian, y los nombres de sus oficiales; y sin embargo

de que habia entre ellos algunos cabos y sargentos, fue muy raro el que nos satisfizo á lo segundo. Si pues los soldados no conocian á los oficiales de sus compañías, es regular que estos conociesen menos á aquellos, y de consiguiente imposible que en la formacion de su compañía pudiesen reconocer al primero que se desordenase ó separase de sus filas.

Es necesario repetirlo una y muchas veces. Los oficiales deben conocer á los soldados de sus compañías no solo por sus nombres, sino tambien por todas sus calidades; deben saber el lugar que ocupan en la formacion, y deben disponer esta de modo que los visos estén al lado de los aguerridos, los cobardes al de los valientes, y al de los buenos los malos, aun quando las filas no guarden en este caso la graduacion de estatura que es regular, y se acostumbra. Sin aquel conocimiento y este cuidado no podrá sacarse de todos y cada uno de ellos el mejor servicio posible.

Tambien conviene repetir una y muchas veces, que la subordinacion militar enseña que se respete y obedezca ciegamente á los superiores. No ha muchos dias que en un papel público se dixo que „el subalterno que se manifiesta des-
„contento de sus gefes, y el soldado que se per-
„mite hablar mal de sus oficiales están muy dis-
„tantes de tener el espíritu de su profesion.“ En las ordenanzas generales se halla establecida esta doctrina con la mayor claridad, y determinadas del mismo modo las penas correspondientes á delitos tan trascendentales. No es posible que haya ninguna fuerza moral ni á un fisica en los exércitos que carezcan de esta subordinacion,

Habia pensado hablar de otras varias causas que han producido entre nosotros la indisciplina militar, origen de la mayor parte de nuestros males. También habia pensado hablar de los desórdenes experimentados en todo género de suministros, y sobre que se discurre generalmente sin la debida instruccion y sin las noticias necesarias. Pero se va alargando ya mucho este escrito, y la mayor parte de los hombres no leen con reflexion los que son largos ó de algun volumen, aun quando vayan adornados con las gracias de la eloqüencia, de que carecen mis débiles pero bien intencionadas producciones. Por esta consideracion he creido lo mas acertado el concluir esta carta, sin perjuicio de llevar á efecto mi pensamiento, si reconozco que puede ser de alguna utilidad á mi Patria.

Con este objeto único he dicho verdades acaso fuertes, y me parece haberlas dicho sin ofender ni culpar á nadie en particular, pero sin dexar por ello de demostrar los males y de proponer sus remedios. Así es como debe escribirse, si se desea sinceramente conseguir provecho y fruto, segun el consejo de un Filósofo del último siglo que se distinguió por su amor á la paz y al bien general de los homhres. Cádiz 20 de Marzo de 1810.